

**El ascenso del alma en la Antigüedad Clásica:
el caso de Alcestes**

Peggy von Mayer
Universidad de Costa Rica
Costa Rica

Entre el Ser y el mundo material que se pierde en el no-ser sin forma, se encuentra colocado un Mundo intermedio: el que constituye la naturaleza de la Imaginación misma. Mundo en el que el Imperativo del Ser se configura, se transcribe en símbolos que lo velan a su propia transparencia pero que lo desvelan a nuestra opacidad.

Gilbert Durand

Introducción

Las ideas de ‘ascenso’ o ‘descenso’ del alma obedecen a una concepción de mundo determinada, con un “arriba” y un “abajo”, en relación con tres planos cósmicos: cielo, tierra e inframundo. La mayoría de los griegos pensaba que el alma descendía al reino de Hades. Hubo héroes que llegaron hasta los ‘límites infectos’, sin llegar a atravesar el Aqueronte, porque entonces no habrían regresado: son Orfeo, Odiseo y Eneas. Pero éstos estaban vivos. Sabemos de otras almas que se quedaban como atrapadas entre los dos planos de la vida y la muerte, como Palinuro y Patroclo, pero no habitaban sus cuerpos, sino que sus espíritus se mantenían flotando sobre la tierra o en torno del cadáver, hasta que no se les efectuaran los rituales funerarios pertinentes, *conditio sine qua non* para penetrar por fin a las moradas infernales. Permanecían en una situación dolorosa, pues podían darse cuenta de todo lo que pasaba en el mundo de los vivos, pero nadie los veía ni podía comunicarse con ellos, excepto en sueños. Ya su alma estaba separada del cuerpo.

El cadáver insepulto, devorado por los perros o por las aves de rapiña, o el cuerpo desmembrado, cuyas partes no habían sido enterradas juntas, también imposibilitaban al espíritu traspasar los umbrales del inframundo. Esta era la razón por la cual a los criminales más impíos se les negaba la sepultura. Para ellos no había posibilidad de descenso *ad inferos*.

Los órfico-pitagóricos consideraban que, al morir, el cuerpo o *soma* era entregado a la tierra; el alma o *psykhé* y el espíritu o *nous* ascendían hasta la Luna y, según los merecimientos, el espíritu podía ascender hasta el Sol o hasta la Vía Láctea. La *psykhé* se desintegraba después de un tiempo. Sólo las almas de los justos podían liberarse del ciclo de las reencarnaciones; si esto no se cumplía, el *nous*, la parte espiritual, volvía a ocupar otro cuerpo. Pero no sabemos de nadie que haya ascendido y regresado para contarnos nada al respecto.

El proceso de individuación de la psique en Alceste

La única persona de la cual se afirma que murió y regresó del más allá es Alceste, pues de los seres de los que se dice que Asclepio devolvió a la vida, no tenemos ninguna mención posterior.¹ Esto hace de Alceste un ser excepcional, porque, al ser arrebatada de las manos de la Muerte por Heracles, asciende al plano terrestre.

Nuestro análisis está fundamentado en las teorías de la psicología profunda de Carl Gustav Jung y en la interpretación del héroe mítico que, con base en esas teorías, realiza Joseph Campbell, en *El héroe de las mil caras*.²

Jung propone el principio de los opuestos como una metodología fundamental para la comprensión de los procesos psíquicos, con base en la posibilidad de entender todas las formas de vida como una lucha de fuerzas antagónicas, porque ésta es la manera en que los fenómenos del mundo se presentan desde el punto de vista de la psique, la cual extrae sus experiencias en función de contrastes y oposiciones:

“El hecho de que el principio de los opuestos aparezca a lo largo del desarrollo de la humanidad significa, por lo tanto, no necesariamente que el cosmos opera con arreglo al mismo, sino más bien que el cosmos expresa un principio general de la psique. Así, Jung

¹ No podría considerarse el caso de Dionisos, porque su renacimiento o reintegración a partir del corazón, después de haber sido despedazado por los Titanes, le confiere la inmortalidad. Tampoco la de otros héroes e hijos de Zeus, a los que éste inmor-

taliza, como Heracles, o Menelao, quien, sin morir, pasa a habitar los Campos Eliseos.

² JOSEPH CAMPBELL. *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*, 2^o reimpresión. México: FCE, 1980

llega finalmente a la conclusión de que las concepciones mitológicas describen, no el universo externo, sino el cosmos interno de la psique. De este modo, la base sobre la cual Jung adopta el principio de los opuestos como manera de pensar, corresponde con la forma de operar de la psique, puesto que se trata de un principio enunciado en términos de conflictos, tensiones y oscilaciones irregulares de uno a otro extremo³.”

La psique es una especie de ‘espacio’ en el cual la psicoenergía se mueve según diferencias de tensiones opuestas. Jung concibe la psique como una estructura compuesta por tres zonas diferenciadas: la conciencia, el inconsciente personal y la energía no diferenciada que corresponde a lo inconsciente colectivo u objetivo.

Conciencia:

Es el plano de la percepción del mundo exterior y del reconocimiento de las relaciones del sujeto con el mundo. El hombre se enfrenta al objeto de conocimiento, del cual percibe una imagen, gracias a sus funciones sensoriales.

La conciencia es la relación psíquica con un elemento central llamado el ‘yo’. El yo es una magnitud infinitamente compleja, que condensa y acumula toda clase de datos que procuran al hombre la capacidad de dar cuenta de él mismo en relación con lo que lo rodea. Conciencia y conocimiento están íntimamente ligados, aunque la conciencia hace uso de ciertas funciones psíquicas que pueden no ser conscientes, como los sueños y las intuiciones. La conciencia da base a las actitudes con que el individuo hace frente al mundo que lo rodea.

Inconsciente personal

La oposición que se da entre el individuo y el grupo es el “inconsciente personal”, el cual abarca aquellos contenidos psíquicos que han sido reprimidos por la conciencia y olvidados -deliberada o inconscientemente-, y también aquellos impulsos o deseos que aún no han entrado en la conciencia.

³ IRA PROGOFF. *La psicología de C.G. Jung* piados, 1967 (p. 56)
y *su significación social*. Buenos Aires: Ed.

Lo inconsciente colectivo

Jung afirma que los mitos, los sueños y la producción artística espontánea, emergen de una fuente inconsciente. El inconsciente colectivo constituye un rasgo genérico del hombre de todos los tiempos y de todas las edades. Los elementos de lo inconsciente colectivo existen en potencia porque son inherentes a la estructura psíquica. A los elementos que permanecen colectivamente inconscientes y que se dan como constantes en los mitos, sueños y manifestaciones artísticas, Jung los llamó ‘arquetipos’; ellos se manifiestan en el plano de la conciencia mediante símbolos.

Los arquetipos son una especie de patrón fundamental de la formación de los símbolos oníricos y mitopoyéticos. Jung distinguió los arquetipos de dios y del padre, del *puer aeternus*, del héroe, del anciano sabio, de la madre, de la sombra, del *animus* y del *anima*, y el arquetipo integrador de toda la estructura psíquica, que es el del *selbst*.

Los arquetipos expresan la dinámica de la psicoenergía, que con sus movimientos constantes, determinados por el “principio de los opuestos”, da lugar a los procesos psíquicos mismos. La dinámica de la psicoenergía determina las leyes de transformación y autorregulación de los factores que constituyen la estructura de la psique.

Al proyectarse sobre el mundo exterior, los símbolos expresan una visión de mundo; por eso el símbolo, con su plurisignificación, se convierte en puente entre el mundo exterior y el mundo interior, y por eso el mito se concibe especialmente como la proyección del universo interno de la psique.

Es precisamente en la secuencia del mito heroico donde la psicología junguiana reconoce la simbolización de los procesos psíquicos, arquetípicos, que conducen al encuentro con el sí mismo (*selbst*). Así, el enfoque del héroe mítico, que surge junto a los sucesos que desencadenaron la historia, y las simbólicas consecuencias de su acción, reelaborados poéticamente bajo ciertas determinantes inconscientes, permiten vislumbrar la denuncia de un desequilibrio y la tendencia hacia la autorregulación. Como la *imago* mítica está matizada por los arquetipos de lo inconsciente colectivo, la denuncia excede los límites de la situación personal y alcanza, más bien, las vastas esferas de la sociedad.

1. La llamada de la aventura

El proceso de individuación se refiere “a la búsqueda de la realización del propio ser como proceso psíquico arquetípico, basándose en el principio de que ella constituye la subestructura esencial fundamental de la multitud

de formas a través de las cuales el género humano experimenta su vida espiritual.”⁴

Según Joseph Campbell, el mito heroico es “la magnificación de la fórmula representada en los ritos de iniciación: *separación-iniciación-retorno*, que podrían recibir el nombre de unidad nuclear del monomito”⁵. En el recorrido heroico de Alcestes, veremos cómo esta fórmula se cumple plenamente.

Cuando Alcestes inicia su aventura desde el mundo conocido hacia la región desconocida, el reino de los muertos, se presenta un ‘mensajero’ cuya presencia es la “llamada de la aventura”. La llamada del mensajero puede ser para la vida o para la muerte; puede significar una empresa histórica o el inicio de una iluminación religiosa. Marca ‘el despertar del yo’:

“Grande o pequeña, sin que tenga importancia el estado o el grado de la vida, la llamada levanta siempre el velo que cubre un misterio de transfiguración; un rito, un momento, un paso espiritual que, cuando se completa, es el equivalente de una muerte y de un renacimiento”.⁶

La aventura se origina cuando Apolo intercede ante la Muerte para que no se lleve el alma de Admeto. La Muerte consiente si encuentra a otra persona que acepte morir en su lugar. El llamado de la aventura lo hace Apolo, al indagar entre los seres cercanos de Admeto si alguien quería asumir su muerte, y solo Alcestes acepta. La Muerte, correspondiente al “asqueroso y despreciable aspecto del portador de la fuerza del destino”⁷, se presenta en el palacio de Admeto, dispuesta a apresar a su víctima.

Con su aceptación, Alcestes inicia el camino hacia el reino de la Muerte. Al estar a punto de cruzar el umbral de la aventura, se le aparece Caronte. Alcestes lo ve con otros ojos, en otro plano, pues puede percibir lo que otros seres vivos no ven. No depende de elementos sensoriales, sino que es una visión trascendente:

“Veo, veo una lancha de dos remos; Caronte, el barquero de los muertos, teniendo en sus manos el garfio, me llama ya”⁸”.

El momento previo a su muerte es angustiante, pues tiene conciencia de lo que significa ser arrancada de la dulce vida y abandonar a sus seres más queridos:

⁴ IRA PROGOFF. *Op. cit.*, p. 281

⁵ JOSEPH CAMPBELL. *Op. cit.*, p. 35

⁶ *Id. ibid.*, p. 55

⁷ IRA PROGOFF. *Op. cit.*, p. 55

“Aquello que debe enfrentarse, y que es de alguna manera profundamente familiar al inconsciente –aunque a la personalidad consciente sea desconocido, sorprendente y hasta aterrador– se da a conocer, y lo que anteriormente estaba lleno de significados se vuelve extrañamente vacío de valores⁹”.

La heroína va a la aventura por su propia voluntad, impulsada por el amor a su marido. No duda en sumergirse en las sombras de lo desconocido para salvarle la vida. Admeto, por su parte, se ha negado al llamado de la aventura. Este rechazo será objeto de su terror, porque la muerte de Alceste lo enfrentará con su propia pusilanimidad y cobardía, y con el dolor de la separación. En ese momento experimentará un acto de autoconciencia sumamente doloroso. Aunque se puede decir en su favor que fue Apolo quien, llevado por el agradecimiento de la hospitalidad brindada por Admeto, lo salvó “de la muerte engañando a las Parcas”,¹⁰ en ningún momento manifiesta el deseo de asumir su destino.

Como rey, Admeto obtiene la legitimación de su soberanía, de Apolo, solidario con él. La cualidad solar lo liga en el campo psíquico, con la conciencia, con la razón y con la voluntad, pero también con su opuesto, lo inconsciente; y en tanto que el sol es luz y fuerza de la conciencia, la sombra será considerada el doble negativo al que hay que eliminar. El lado débil de su personalidad se manifiesta como una ausencia de voluntad para enfrentarse con su destino, y proyecta inconscientemente sobre su sombra todo lo que rechaza de sí.

“En la conciencia somos nuestros propios señores; aparentemente somos los ‘factores mismos’; pero si cruzamos la puerta de entrada a la sombra descubrimos con terror que somos objetos de factores. El saber eso es decididamente desagradable; pues nada decepciona más que el descubrimiento de nuestra insuficiencia¹¹”.

En Admeto hay un desacuerdo entre la conciencia y lo inconsciente, evidenciado por la lucha con la sombra, por lo que tiende a rechazar el camino a su inconsciente, para alcanzar un presunto dominio consciente de su personalidad. La voluntad, desde la perspectiva junguiana, “es la suma de la energía psíquica de que dispone la conciencia. El proceso volitivo será, pues, un proceso energético suscitado por motivación consciente¹²”.

⁸ EURÍPIDES. *Op. cit.*, p. 45

⁹ JOSEPH CAMPBELL. *op. cit.*, p. 58

¹⁰ EURÍPIDES. *Op. cit.*, p. 35

¹¹ C.G. JUNG. *Arquetipos e inconsciente*

colectivo. Buenos Aires: Ed. Paidós, 1970 (p. 29)

¹² C. G. JUNG. *Tipos psicológicos*, México: Editorial Nacional, 1981 (p. 511)

Esta función psíquica de la voluntad, en torno de la cual se configura Admeto, es precisamente la que señala una marcada diferencia con Alceste. La presencia de la voluntad, o sea la confirmación de Alceste como conciencia intencionada, señala para ambos un cambio divergente en cuanto a la percepción de la sombra. Este desequilibrio ocasiona la sobrevaloración de la conciencia en Admeto, con detrimento de la sombra:

“El individuo debe conformar su vida de acuerdo con la totalidad psíquica. Cuando construye su sendero de acuerdo con planes elaborados exclusivamente por su voluntad consciente, en oposición a sus potenciales inconscientes, estas últimas, irremisiblemente, terminarán irrumpiendo (como obstáculos) en el curso de su existencia, porque “los elementos fundamentales de lo inconsciente establecen los límites dentro de los cuales pueden desarrollarse las actitudes conscientes¹³”.

La escisión de la personalidad que se perfila en la voluntad consciente de Admeto hace que emerja, desde lo más profundo de lo inconsciente, la figura arquetípica del *anima*. Esta surge con todas sus posibilidades energéticas de formación simbólica, con el fin intrínseco de restaurar, mediante la compensación, el desequilibrio suscitado.

Alceste, en su carácter de *anima* personalizada como ente autónomo, en la psique de Admeto, actúa movida por la inevitable fuerza que le nace de la necesidad de solidarizar con su *animus*, para que no muera, mediante el símbolo del amor conyugal. La figura de Alceste corresponde a la personificación arquetípica del ánima-guía, que forma parte de la estructura psíquica de Admeto. Pero entre ella y el yo consciente de Admeto se interpone el temor al *alter ego*, a la sombra. El proceso de individuación no se produce si el yo persiste en no asimilar los contenidos inconscientes, si no se entabla la discusión dialéctica con la sombra. Si esta condición no se cumple, cabe esperar la catástrofe psíquica, el desajuste de las estructuras; este desajuste, que puede llegar hasta el derrumbamiento total de la personalidad, es causado por la alianza de los entes inconscientes autónomos (sombra-*anima*), pues, fortalecidos por la acumulación energética que ha provocado la represión, tratarán de imponerse y de aniquilar el centro de la conciencia. Por eso, ante el inminente acto de la muerte de Alceste, Admeto es incapaz de asumir su responsabilidad, ocultando con palabras hermosas, que suenan falsas, la trágica situación:

“Tu imagen, obra de hábil artista, será colocada en mi tálamo, y me prosternaré ante ella, y la ceñirán mis brazos invocando tu nombre

¹³ IRA PROGOFF. *Op. cit.*, p. 151

muchas veces, y se me figurará, aunque no sea cierto, que estrecho a mi esposa amada; frío deleite, según creo, pero suficiente, no obstante, para aliviar el peso que me oprime. En mis sueños te aparecerás y me llenarás de gozo, que es grato ver de noche a los que amamos en cualquier ocasión que se presenten. (...) Espérame allí, cuando muera, y prepara la morada en donde vivirás conmigo. Una misma caja de cedro nos encerrará a ambos, y uno junto a otro descansarán nuestros cuerpos, que ni muerto me separaré de ti, ya que tú sola me has sido fiel¹⁴.

Se destaca, en la cita anterior, que Admeto se conformará con proyectar su amor en un frío simulacro y en una imagen onírica, creaciones irreales de su imaginación, muy lejanas de la auténtica Alceste. La propuesta de vivir una vida en común en ultratumba, que se realice cuando él muera, sin importar que ella esté muriendo en un tiempo que no le correspondía, resulta totalmente ilusoria y falsa. Aunque afirma que “ni muerto” se separará de ella, lo está haciendo en ese momento sin ninguna contemplación.

2. *El cruce del primer umbral*

Al morir, Alceste cruza el primer umbral, debe llegar hasta donde está el ‘guardián del umbral’, en este caso, el can Cerbero. Detrás de él está el reino de lo desconocido, de las tinieblas, de los muertos. Quien traspase sus límites, no tiene camino de regreso: “El paso del umbral es una forma de autoaniquilación”.¹⁵

3. *El vientre de la ballena*

La idea de que el paso por el umbral mágico es un tránsito a una esfera de renacimiento queda simbolizada en la imagen mundial del vientre, el vientre de la ballena. El héroe, en vez de conquistar o conciliar la fuerza del umbral, es tragado por lo desconocido y parecería que hubiera muerto¹⁶.

Al enfrentarse Alceste a la Muerte, se produce lo que Campbell llama “el encuentro con la diosa”. Comienza el descenso, el viaje de regresión, el enfrentamiento con la sombra en sus múltiples formas, y se inicia la

¹⁴ EURÍPIDES. *Alceste*, Madrid: Edaf, 1983 (p. 47)

¹⁵ IRA PROGOFF. *Op. cit.*, p. 88

¹⁶ *Id. ibid.*, p. 89

integración de los dos mundos: ese mundo extraño y desconocido que es el reino de Hades y el mundo conocido, su palacio, su ambiente natural, la conciencia. Así, empieza el rescate del mundo interior, mediante una regresión energética desde la conciencia hacia lo inconsciente.

La Muerte corresponde al arquetipo de la madre. La heroína debe ‘vencer a la madre’, es decir, las actitudes conscientes. Vencer a la madre no quiere decir matarla, sino superarla. La madre es el *statu quo*, el *habitat*, la patria, las normas, todo lo que el individuo puede sentir como protección; y es también la muerte. Puesto que el mito heroico es la expresión de los procesos de la vida, representa el viaje del héroe por los recovecos del espacio interno de la psique -conciencia e inconsciente-, para llegar a la unión de los opuestos; pero, una vez vencidos, los elementos negativos posibilitan la asimilación de esos poderes.

4. *La ayuda sobrenatural*

Heracles, como ayuda sobrenatural, actúa como puente entre los dos estratos. La presencia del protector, su auxilio sobrenatural, es interpretada como la fuerza del inconsciente:

“El individuo tiene que saber y confiar, y los guardianes eternos aparecerán. Después de responder a su propia llamada y de seguir valerosamente las consecuencias que resultan, el héroe se encuentra poseedor de todas las fuerzas del inconsciente¹⁷” (p. 72).

Heracles lucha con la Muerte para arrebatarle el alma de Alcestes justo en el momento en que ésta llega a comer “la ensangrentada torta” de salsa mola, rociada con la sangre de las víctimas funerarias, y a llevarse a la joven a su morada. Es de suponer que el alma no se había separado aún del cuerpo, pues *Thánatos* no había cortado aún los cabellos de la joven, ritual necesario para el desprendimiento del alma, y no había podido todavía arrebatarla al reino de los muertos¹⁸:

“En su busca voy para comenzar el sacrificio con mi guadaña, porque consagrado queda a los dioses infernales aquel de cuya cabeza corto un solo cabello¹⁹”.

¹⁷ *Ibid.*, p. 72

¹⁸ Recuérdese el caso de Dido.

¹⁹ EURÍPIDES. *Op. cit.*, p. 39

5. El cruce del umbral de regreso

Cuando la heroína cuenta con ayuda sobrenatural, tiene las fuerzas positivas a su lado, y puede llegar al umbral, guiada por su mano. Al salir a la superficie de la tierra, ha traspasado el umbral de la inconsciencia y penetra en el ámbito de lo consciente. Así emprende el rescate del mundo interior, mediante una regresión energética desde lo inconsciente hacia la conciencia.

En el momento en que Heracles aparece con Alceste proveniente del inframundo, se hace evidente su vinculación con lo inconsciente. El hecho de que se acerque velada sugiere que Alceste pertenece a un nivel distinto del mundo de lo concreto conocido por la conciencia. Allí se encuentra con Admeto, representación de su *animus*, es decir, la parte femenina de la psique masculina.

La figura de Alceste como *anima* -mujer interior que transmite los mensajes vitales de la totalidad de lo inconsciente-, tiene como principal objetivo el de “ayudar a descifrar los hechos que permanecen inconscientes”.²⁰ Pero en un principio, la figura de Alceste representa la sombra, toda aquella parte débil de su personalidad que no pudo controlar. Admeto percibe la similitud entre aquel ser cubierto y Alceste:

“Mas sabe tú, ¡oh mujer!, sea quien fueres, que tu figura es la misma que la de Alceste, y tu cuerpo semejante al suyo. ¡Ay de mí! Por los dioses, quita esta mujer de mi presencia; no me asesines, que harta es mi desventura. Me parece que veo a mi esposa cuando la miro: túbbase mi corazón, y ríos de lágrimas brotan de mis ojos. ¡Oh desventurado de mí! Ahora comprendo la amargura de mi suerte²¹”.

En este momento de *anagnórisis*, Admeto acepta la parte débil de su personalidad, admite que su ‘yo’ proyecta una sombra; de ahí su temor y su rechazo.

Heracles, como mediador entre los dos planos, insiste en mostrar el camino que conduciría a Admeto al encuentro de su individualidad, siendo tanto la sombra como el *anima* elementos de su inconsciente que han cobrado autonomía y que, pese a estar separados, son absolutamente solidarios. Esto quiere decir que para Admeto es imposible conservar el *anima* aunque lo desee, si su conciencia rechaza a la sombra. La fórmula más adecuada para expresar esa solidaridad es la fórmula del amor, porque “los símbolos tradicionales del amor son siempre símbolos de un estado todavía

²⁰ JUNG, HENDERSON et al. *El hombre y sus símbolos*. Madrid: Aguilar, 1974 (p. 180)

²¹ EURÍPIDES. *Op. cit.*, p. 75

escindido pero en mutua compenetración de sus elementos antagonistas”.²² Con mucha reticencia, Admeto le tiende la mano a aquella mujer velada, a instancias de Heracles:

“Ya la extiendo, volviendo mi cabeza como si hubiese de mirar el rostro de la Gorgona²³”.

Pero, aunque manifiesta tanto horror, el amor de Admeto por Alcestes ha emergido ante la presencia de ese extraño doble de su esposa. Lo inconsciente colectivo es una fuerza vital. “La figura del *anima* tiende, llegado el momento, a identificarse con lo inconsciente como un todo único”.²⁴ Ese es el primer paso para enderezar el proceso psíquico que conduce a la individuación.

Heracles le hace ver que se ha hecho digno de sus favores por la nobleza que demostró al brindarle hospitalidad en momentos de duelo:

¡Ojalá fuese tanto mi poder, que de los infiernos trajese a la luz a tu esposa, y te probara así mi amistad!²⁵”.

Pero Admeto está consciente de que debe permanecer solo; por eso rechaza la mujer que le ofrece su amigo y las insinuaciones de tomar esposa.

Aun cuando Heracles la descubre ante sus ojos, Admeto no puede creer que aquella mujer sea la propia Alcestes, y la llama “espectro infernal”. Y es que, definitivamente, el regreso de la esposa constituye una transgresión del orden natural. Es evidente que la presencia de Alcestes proveniente del inframundo debe ser absolutamente *kratofánica* pues ha de provocar temor de contaminación, está impregnada de miasma. Por eso Alcestes permanece silenciosa, no puede hacer uso de la palabra, símbolo del nivel de la conciencia, hasta tanto no se efectúe “la debida expiación a los dioses infernales, y hasta que no pasen tres días.”²⁶

Una vez pasado el momento de estupor e incredibilidad, Admeto manifiesta su regocijo:

“¡Oh rostro y cuerpo de mi amada cónyuge!; poséote contra lo que esperaba, y cuando pensé que jamás te volvería a ver²⁷”.

²² C.G. JUNG et al. *El hombre y sus símbolos*. México: FCE, 1980 (p. 238)

²³ EURÍPIDES. *Op. cit.*, p. 79

²⁴ IRA PROGOFF. *Op. cit.*, p. 120

²⁵ EURÍPIDES. *Ibid.*, p. 75

²⁶ EURÍPIDES. *Op. cit.*, p. 81

²⁷ *Ibid.*, p. 80

6. *La posesión de los dos mundos*

La conclusión de la prueba iniciática posibilita a la heroína la entrada al mundo superior, el paso libre hacia el nivel de la conciencia, el cruce del umbral, la posesión de los dos mundos. Alcestes, como *anima* de Admeto, lo ha salvado y se ha salvado; y con la ayuda de Heracles, ha alcanzado la victoria sobre la Muerte, tal como fue vaticinado en las palabras oraculares de Apolo:

“Vendrá al palacio de Feres un hombre que envía Euristeo para robar en la fría Tracia un carro tirado por caballos; después de recibir hospitalidad en el palacio de Admeto, te arrebatará por fuerza a esta mujer, y nada tendré que agradecerte, y harás, no obstante, lo que quiero, siéndome odiosa siempre²⁸”.

El mito de Alcestes está lleno de imágenes arquetípicas: El arquetipo de dios, representado por Apolo, el arquetipo del *anima*, representado por Alcestes, y del *animus*, que es Admeto; el arquetipo de la madre, gran símbolo de lo inconsciente, que es la Muerte, y sobre todo, el arquetipo de la heroína, Alcestes. Las secuencias del recorrido son la representación arquetípica de la lucha que debe entablar la heroína para que el proceso de individuación se dé. Alcestes constituye la prueba del yo consciente que, impulsado por el amor, consigue integrar lo inconsciente y transformarlo en un plano de equilibrio y armonía. Su sacrificio obtiene frutos óptimos, y su alma asciende de las regiones infernales para completar, de manera rotunda e indiscutida, el proceso de individuación de la psique, el *selbst*.

Bibliografía

- APOLLODORUS. *The Library*. London: The Loeb Classical Library, 1963
- Campbell, Joseph. *El héroe de las mil caras. Psicología del mito*. 2ª reimpresión. México: FCE, 1980
- Dictionnaire des Antiquités Grecques et romaines*. X vols. París: Librairie Hachette, 1908-1929
- DURAND, GILBERT. *La imaginación simbólica*. Buenos Aires: Amorrortu, 1971
- ELIADE, MIRCEA. *Mitos, sueños y misterios: revelaciones sobre un mundo simbólico y trascendente*. Buenos Aires: Compañía General Fabril Editora, 1961
- EURÍPIDES. *Tragedias*. Madrid: Edaf Eds., 1983
- GRAVES, ROBERT. *Los mitos griegos*. Tomo I. Undécima reimpresión. Madrid: Alianza Editorial, 1996
- JUNG, C. G. *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Buenos Aires: Paidós, 1970
- Formaciones de lo inconsciente*. Barcelona: Paidós, 1982

²⁸ Eurípides. *Op. cit.*, p. 38

Psicología y religión.

Barcelona: Paidós, 1994

Psicología y simbólica del arquetipo

Barcelona: Paidós, 1982

Símbolos de transformación.

Barcelona: Paidós, 1982

Tipos psicológicos.

México: Editorial Nacional, 1981

JUNG, C. G. ET AL. *El Hombre ante el Tiempo.* Caracas: Monte Avila Editores, 1970

JUNG, C. G., HENDERSON ET AL. *El Hombre y sus Símbolos.* Madrid: Aguilar, 1974

PROGOFF, IRA. *La psicología de C. G. Jung y su significación social.* Buenos Aires, 1967

RANK, OTTO. *El mito del nacimiento del héroe.* Buenos Aires: Paidós, 1961

RICHEPIN, JEAN. *Mitología clásica.* II tomos. México: UTEHA, 1952

The soul's ascent in classical antiquity:

This article is founded on the basis of Carl Gustav Jung's theories of profound psychology and the interpretation of Joseph Campbell's analysis of the mythic hero on the basis of Jung's postulates.

Precisely, in heroic myth's sequences, junguian psychology recognizes the symbolization of psychic, archaetypic processes, that lead the soul toward the encounter with the self (selbst).

This article explores Alcestes, heroic adventure as the archaetypal representation of the struggle the heroine must accomplish in order to obtain the individuation process.